

Leccion de humildad

Antonio Villarroel



Capítulo 1

Lección de humildad:

Cinco hombres jugaban ajedrez en la plaza central, era un poco tarde y yo estaba solo, a ellos no los conocía pero decidí ir a ver, el sol cedía en el ocaso y la plaza con árboles que tapaban su decreciente claridad hacían parecer que la plaza era una lámpara que a cada rato perdía potencia.

Me puse a un lado como aprendiz del juego, pero más con la intención de captar la psicología del mismo en las caras de sus participantes.

Todos estaban muy entretenidos y parecía que estos caballeros carecían de ego, aunque el gesto tan serio no lo demostrara, y lucían felices con las sonrisas en los ojos, aceptando tanto sus derrotas como sus victorias con serenidad, hasta que llegó apresuradamente un insidioso sujeto muy efusivo y soberbio, no tenía mucho tiempo debía ganarle al mejor de todos en el menor tiempo posible. Por su acento supe que era extranjero de un país vecino.

-Venga, démosle rápido hombre. Ajá, así, yo pongo está aquí, ¿ya vieron?, ahora usted.

Así empezó, y era el único que narraba sus propias jugadas y hasta daba el pésame por la jugada del otro que era casi un anciano. Todos observaban callados, esperando lo que sucedería. El juego se volvía interesante y el extranjero narraba con más intensidad que si se tratara de una carrera de caballos en el que las personas han apostado mucho dinero. Parece que las intenciones de realzar su impetuoso coloquialismo, alzándolo como bandera, era para sentirse mejor como extranjero sobre su linaje. Pero era bastante molesto escucharlo alabándose, y hasta verlo casi molesto por la jugada del otro, y no una molestia de transmutado temor a perder, sino molestia de ver a alguien tan anciano y tan ignorante.

En una jugada algunos de los observadores más inteligentes que yo, pues yo no lo vi, observaron un desliz en la jugada, pero el sujeto, colérico, recalcó que su jugada estaba bien, y que es más, se molestó también porque que el otro quizás había hecho trampa, o que la mala jugada era suya, o algo así... En fin el extranjero ganó, más por fuerza de violencia que de intelecto, dando un suspiro de cansancio, no de alivio por ganar, si no de haber hecho un trabajo que lo fatigara y que quería terminar, dio una sonrisa y miro su reloj, tenía prisa, nadie celebró su victoria como nadie nunca lo hacía, por ser considerado de mal gusto, todos los demás junto al perdedor solo veían el tablero analizando la última jugada, el

extranjero se levantó en el silencio y dijo:

-Bueno, me tengo que ir, sigan jugando.- Y esta frase última fue dicha tal como sería un padre a sus hijos pequeños.

Al levantarse él inmediatamente se sentó otro jugador compasivo, luego todos se miraron a las caras, el anciano perdedor de ojos achinados por los parpados caídos dio una pequeña sonrisa con la simpleza de la sabiduría que contagio a los demás, incluso a mí, que no me sentía parte de aquellas camaraderías. El ganador seguía caminando altivo, hermoseedo creía el por la victoria, pero una pequeña risa le llegó al oído, miro un instante de reojo al lugar donde nos encontrábamos y su semblante se oscureció, se dio cuenta de que habiendo humillado hasta al más bueno no significaba nada, el anciano rechifló mientras acomodaba las piezas gentilmente al próximo, y en su mente pensaba: pobre tipo, no sabe nada, nada porque nosotros practicamos la humildad, la humildad del juego, la humildad de todo, y aunque no lo dijera con palabras, todos ya lo sabían, y siguieron felices jugando y aprendiendo, con la edad que cualquiera de ellos pudiera tener. Y el jugador extranjero se sintió más extranjero, más pequeño y más añorante, ni si quiera de la condescendencia de su tierra, si no, de las mismas risas burlescas que aquellos le estaban dando.